



Joseph Carpentier. *Artificio de Juanelo y Alcázar en 1856*

I CADÁVERES EXQUISITOS

Hasta mediados del ochocientos, apenas si habían manifestado interés por Toledo otros más que los raros extranjeros atraídos por la oportunidad de recorrer “la ciudad pintoresca y romántica por excelencia”, calificativos con los que la describía Charles Davillier tras haberla visitado en 1862¹. Creían encontrar en ella, como expresaban de un modo u otro los franceses Charles Didier en 1835, Théophile Gautier en 1840 y Edgar Quinet en 1843², el encanto misterioso de una inalterada Edad Media o “la majestad de las grandes ciudades muertas o moribundas”, según manifestaba Alexandre Dumas en 1846³.

El inicio de ese moderno y nuevo interés había venido marcado por Alexandre de Laborde, secretario de Lucien Bonaparte en la embajada francesa de Madrid entre 1800 y 1801, quien veía Toledo en su *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, publicado por primera vez en París en 1809, como “una de las ciudades españolas donde se encuentra el mayor número de esos bellos edificios que anuncian la grandeza y el poder de los imperios”⁴.



Alexandre de Laborde (Paris, 1773 – 1842). Retrato original de Ary Scheffer

Los visitantes que vinieron después redundarían en el rendido reconocimiento a la antigüedad de su historia y a la excelencia de sus múltiples monumentos, entre los que no dudaban en destacar la catedral, San Juan de los Reyes y el alcázar, pero también a la singularidad de su aspecto. Así lo declaraba Amédée Achard rememorando su viaje de 1846, cuyo relato concluía comentando que “aun si Toledo no tuviera un solo monumento, todavía sería una ciudad deslumbrante”⁵. El viajero llegaba, “a fuerza de admiración, a quedarse sin fuerza para admirar más”, como escribió Dumas⁶.

Pero esos escritos eran ante todo relatos de viaje. Carecían, por tanto, de toda pretensión académica y buscaban, por el contrario, dar cuenta completa de lo visto. De tal modo, tal como Doré cuando muestra un puente de Alcántara ocupado por pobres gentes⁷, no podían dejar de reparar en el abandono y la miseria en que había caído la en otros tiempos populosa capital, un lugar de “palacios sin nobles, iglesias sin fieles y paseos sin gente”⁸, interesante sólo “para el pintor, el poeta y el anticuario”, en palabras del británico Richard Ford escritas en 1845⁹, tras haberla visitado en 1831. Manuel Cuendias resumía la situación en 1848 diciendo que Toledo “no es más que la sombra de un pasado sublime y grandioso, una gran gloria extinta, una ciudad muerta. [...] Es aún la más rica ciudad de Europa, pero tan sólo en bellos recuerdos”¹⁰. Por otra parte, así como destacaban la gentileza de sus huéspedes, se manifestaban chocados por la fatuidad y por el orgullo de los toledanos. Resaltaban unánimemente asimismo la índole levítica de la ciudad y señalaban el contraste entre el deplorable estado en que se encontraba la población y la suntuosidad de la Iglesia. Como resaltaba Pierre Genty de Bussy en 1823, “el lujo, en España, hay que decirlo, se ha refugiado por completo en las iglesias”¹¹. Así lo estimaba también Charles Didier, para quien “Toledo ha sido completamente absorbida por su catedral; ha abdicado, por decirlo así, en manos de los clérigos”¹².

Ese interés por la singularidad pintoresca de Toledo y por su riqueza artística va a prender también en Espa-

Gustave Doré. *Vagabonds sur le pont d'Alcantara, à Tolède*

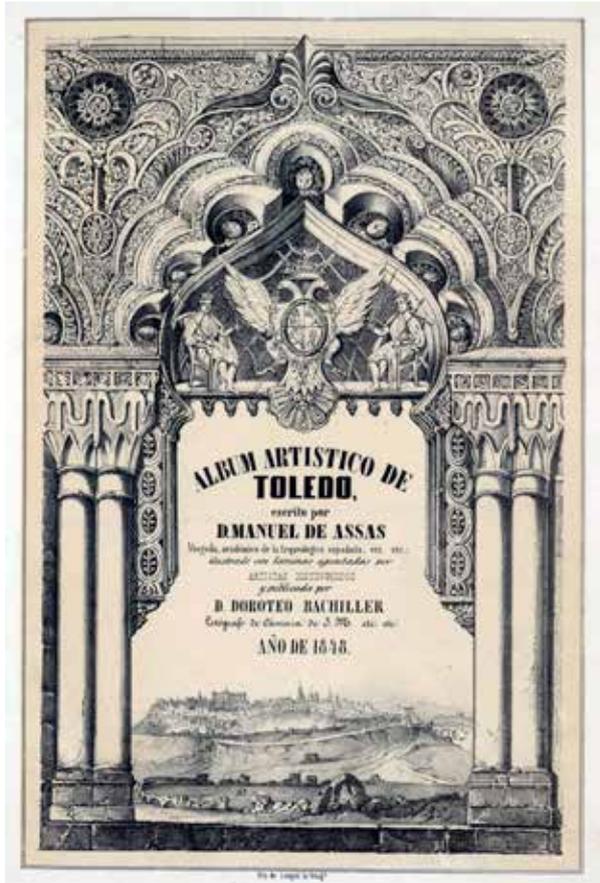


ña una vez acabada la primera guerra carlista. Se veían además favorecidos entonces los viajes por la mejora, por un lado, de las comunicaciones y, por otro, de la seguridad en las carreteras. Eran avances cortos, pero reales alcanzados tras la creación de servicios regulares de diligencias entre Madrid y Toledo, existentes ya por lo menos desde 1829, y gracias a la actuación, primero, de las Milicias Nacionales y, sobre todo, de la Guardia civil, creada en 1844. Se trataba también, por otra parte, de una reacción frente al “tejido de desatinos” de visitantes extranjeros que, según Francisco de Paula Mellado, “han disparatado más al hablar de nosotros que si hablasen de la luna”¹³. Un juicio similar emitía el asturiano Pedro José Pidal acerca de lo publicado en otros países sobre Toledo, que para él eran “patrañas y sandeces” escritas “sin las preparaciones y conocimientos necesarios” por quienes se atrevían a deformar la realidad “con una ligereza tan ridícula ya, como célebre y conocida en España”¹⁴. Ni uno ni otro se quejaban, obviamente, de la ausencia de elogios a la ciudad en sí misma, cuyo real abandono no debía entrar en el campo de sus preocupaciones principales y que, para el Señor Marqués de Pidal, “no puede ser en la actualidad ni aun siquiera

una plaza de tercer orden”¹⁵. Tampoco le ponían reparo alguno, claro está, a las repetidas alabanzas a los edificios de la antigua “Metrópolis religiosa de la Monarquía española”¹⁶. Contestaban, más bien, los tópicos y las críticas, en particular las que achacaban al clero —“el alma y la vida de Toledo”, decía el segundo¹⁷— una pretendida responsabilidad en el declive de la “residencia un tiempo de lo más noble de Castilla”¹⁸.

En cualquier caso, y a pesar de la protesta contra los estereotipos fabricados por los forasteros, la perspectiva de los pocos nacionales que prestaron atención a la celebrada ciudad en esos años no era muy diferente a la de los foráneos, al menos en lo referente al deterioro urbano. La veían convertida en “un montón de ruinas grandiosas, magníficas y sublimes”¹⁹, según escribía el mismo Pedro José Pidal. Similar imagen ofrecía Francisco de Paula Mellado, quien la describe en 1851, en sus *Recuerdos de un viaje por España*, como un cúmulo de “edificios y escombros ennegrecidos, vestigios de lo que fue y ya no existe”²⁰. A su vez, Patricio de la Escosura, en el segundo tomo, publicado en 1844, de *España artística y monumental*, álbum de grabados de Genaro Pérez de Villaamil, la consideraba “un muerto recuerdo de antiguas grandezas; una ruina

Portada del *Álbum artístico de Toledo* (1848) de Manuel de Assas. Grabado original de Andreas Pic de Leopold



mal disfrazada con apariencias de moderna población; un agregado de monumentales cadáveres, profanados unos, derruidos otros, y descuidados todos²¹. Más allá aún iba el santanderino Manuel de Assas Ereño, director del *Semanario pintoresco español* entre 1839 y 1857 y redactor de los capítulos sobre la catedral que abrían la *Historia de los templos de España* publicada en 1857 por Gustavo Adolfo Bécquer; para él, como escribe en 1848 en su *Álbum artístico de Toledo*, “al abrigo de la decadencia misma de la población, no atrayendo gentes advenedizas, ni permitiendo hacer reedificaciones, ha venido a ser, como [...] en Pompeya y en Herculano, una grande urna, un inmenso fanal que la ha libertado de la acción destructora de nuestros días²². La venerable “metrópoli religiosa” de antiguas edades quedaba así reducida a huesa, deshabitada necrópolis o yacimiento arqueológico “sumido en el estancamiento de una noche eterna”, como escribe Miguel Ángel Lozano a propósito de las ciudades muertas²³, es decir, liberado del tiempo por la muerte.

2. VESTIGIOS (SACROS) DE GLORIAS PATRIAS

Era distinto, sin embargo, el objetivo perseguido por los naturales del país. Aceptaban la imagen decadente de Toledo y la veían, con el mismo criterio inmanentista, inevitablemente anclada en un pasado inmutable, pero ni pretendían contar un viaje, ni les interesaba la población en sí. Según advierte Carmen García Martínez, querían reconstruir “con su imaginación un espacio y un tiempo ideal”, de modo que la imagen por ellos ofrecida “se integra en un universo paralelo al de la ciudad real”²⁴. Su punto de partida era el interés romántico por el pasado medieval de los pueblos, puesto de moda en Europa por escritores como Chateaubriand, traducido en España ya en 1803 y cuyas obras completas serían editadas en 1843 por Mariano Cabrerizo, igualmente editor en 1816 de la traducción española del *Itinéraire descriptif de l’Espagne* de Alexandre de Laborde²⁵. Movidos por ese interés, se acercaban a ella atraídos por la abundancia y excelencia de su patrimonio artístico y escribían o pintaban con el propósito de mostrar sus múltiples mo-



Cecilio Pizarro. *Ruinas del claustro de San Juan de los Reyes en Toledo* (c. 1845). Museo del Prado

Retrato autógrafa (1833) de Genaro Pérez de Villa-Amil



numentos como vestigios honorables de tiempos imaginados y por sacar del olvido. Apenas sorprende, así pues, que el toledano Cecilio Pizarro haga figurar un honorable soldado del siglo XVI en medio de las ruinas del claustro de San Juan de los Reyes.

Manténían, por otra parte, la opinión de que “conocer la arquitectura de un pueblo es conocer también al pueblo mismo”, como escribía en 1842 Patricio de la Escosura en su “Introducción” a la citada *España artística y monumental*²⁶. José Amador de los Ríos, Secretario de la Comisión Central de Monumentos, confesaba a su vez en 1845 que quería consagrar su *Toledo pintoresca* “exclusivamente a tratar de materias artísticas” de un pasado cuya grandiosidad había de ser “dulce consuelo para las tribulaciones presentes”²⁷ y en 1859 insistiría en el valor de “los monumentos de las artes y de las letras” como vivas muestras “de las civilizaciones que los producen”²⁸. Añadían, pues, a su visión componentes nacionalistas, derivados del proceso decimonónico de construcción de la identidad nacional española, que consideraban ligada a la historia toledana. A

ellos sumaban, en favor de la defensa y restauración de un ideal cristiano supuestamente constituyente de la nación, la vindicación de una Iglesia entonces debilitada por las leyes de desamortización y por la supresión de diezmos. Como diría José María Quadrado, “tan solo la Iglesia, menos voluble que la fortuna, menos deleznable que el poder de los imperios, constante en amparar lo débil y respetar lo ilustre, [...] cobija bajo su esplendoroso manto la desvalida grandeza de Toledo.”²⁹

El pintor gallego Genaro Pérez de Villaamil sería el primer español en ofrecer imágenes de esa visión romántica de Toledo³⁰ en obras presentadas entre 1836 y 1839, junto con otras con motivos sobre todo andaluces, en exposiciones de pintura de la Real Academia de San Fernando y del Liceo Artístico de Madrid. De ellas destacaba el *Semanario pintoresco español* el “patriótico celo” con el que el pintor daba a conocer las “riquezas naturales y artísticas” del país³¹ e incitaba a la conservación de “edificios notables de la edad media [...] destruidos en parte por el tiempo, y en parte por la atrevida mano del hombre”, a pesar de plasmar “las sublimes tradiciones de un pueblo”³².

La preferencia por asuntos toledanos, en cuanto representativos de un injustamente menospreciado Medioevo español, se afianzaría posteriormente en la obra de Villaamil³³ y en particular en su colección de grabados. En ésta, los motivos y monumentos toledanos alcanzarían a constituir un tercio de los 144 recogidos en sus tres tomos, publicados en París entre 1842 y 1850 con textos en español y francés descriptivos de las diversas estampas. Patricio de la Escosura, autor de los textos, defendería esa abultada proporción porque “pocas son [...] las ciudades que desde luego ofrezcan a la admiración del artista una colección de bellos y antiguos edificios como los que se presentan a la vista”³⁴ y por “el alto lugar” que todo español conocedor “de las glorias de su patria y de la religiosa piedad de sus abuelos” ha de otorgar a “la imperial Toledo”³⁵ y sostendría que la abundancia de edificios religiosos en el conjunto y en el país justificaba “el dictado de Católico, que por excelencia le da su historia”³⁶.

El cordobés José Amador de los Ríos, autor de *Toledo pintoresca*, expresaba asimismo en 1845 su admiración por una población que guardaba en su seno “todos los recuerdos, todas las tradiciones de España”³⁷ y su voluntad de estudiar “sus riquezas artísticas y sus recuerdos históricos”³⁸ por “amor a las glorias nacionales” y por “entusiasmo patriótico”³⁹. Por otra parte, en

Retrato de José Amador de los Ríos (c. 1850)



El estilo mudéjar en arquitectura, discurso pronunciado en 1859 con ocasión de su ingreso en la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, presentará algunos de los más importantes edificios toledanos construidos entre la segunda mitad del siglo XIII y el XIV, según su propia datación, como muestras relevantes de ese estilo arquitectónico, por él llamado mudéjar, que pretende analizar en cuanto arte peculiar y distintivo de “la civilización española” y prueba de la capacidad cristiana de integración de pueblos diversos en una superior entidad nacional⁴⁰. Daba así un paso más en la exaltación del Toledo medieval, cuya cultura y tradiciones aparecían como piedras angulares en el proceso de construcción del “carácter nacional”.

Poco tenía que ver, sin embargo, el patrimonio arquitectónico evocado con la realidad y con los intereses económicos de Toledo. De hecho, el álbum de Villaamil abría significativamente su primer volumen con una re-

presentación figurada de la puerta del Sol que el artista imaginaba en costas mediterráneas⁴¹. Por otra parte, los mismos prohombres y dignatarios que consagraban el valor arqueológico o pictórico de ruinas y monumentos se encargaban de cerrar sus puertas a la modernidad y de enfocar su futuro hacia la asunción de nuevas funciones que acaso entendían más acordes con pasadas glorias que el desarrollo urbano. Así, Pedro José Pidal firmaba en 1845 el decreto de organización del sistema educativo por el que la Universidad toledana pasó a ser Instituto Provincial de segunda enseñanza y el gobierno en el que participaba como Ministro de la Gobernación tomaba en 1846 la decisión de instalar en Toledo el Colegio General Militar, sentando así las bases del papel decisivo que desde entonces han tenido las instituciones militares en la vida urbana. A su vez, Gaspar de Remisa, que había financiado la publicación de Villaamil, se asociaba con el marqués de Salamanca, también en 1845, para construir el ferrocarril que, siguiendo los intereses de María Cristina de Borbón y Fernando Muñoz, su esposo morganático, sería inaugurado en 1851 uniendo las residencias reales de Madrid y Aranjuez y alejándolo hacia Tarancón, de donde Muñoz era natural, y Alicante. Como acertaba a ver José María Quadrado en 1853,



Retrato de Pedro José Pidal (1799-1865) en su etapa de Ministro de la Gobernación (1844)

se añadía “al furor de los estraños [sic] el abandono de los naturales y ese desdén por lo pasado que en vano se disfraza entre nosotros con las estériles demostraciones de un hipócrita culto”⁴².

La cosa tampoco debía preocupar mucho a las élites sociales de la ciudad, que, como lamentaba Nicolás Magán en 1841, “cuídase bien poco del porvenir que la espera”⁴³ y que nada pudieron hacer para evitar, por ejemplo, el expolio por particulares de las más relevantes obras pictóricas extraídas de conventos e iglesias desamortizados o su traslado a los museos de Madrid a cargo del moracho Juan Gálvez, Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, entre 1836 y 1837, traslado en el que colaboraron fielmente quienes poco después serían nombrados miembros de la primera Comisión Científica y Artística de la Provincia, precedente de la Provincial de Monumentos⁴⁴. No se puede hablar, por tanto, de ningún incipiente toledanismo. En todo caso, de “prototoledanismo”, según la opinión expresada por Rafael del Cerro, especialista de la historia local contemporánea. Estaría esta tendencia alimentada por el movimiento católico de defensa de los intereses eclesiásticos y aparecería ligado a la construcción simbólica de una imagen de Toledo como testigo y salvaguarda nacional de los valores tradicionales supuestamente dominantes en la época de hegemonía mundial de la monarquía española. Se trataba más bien, según re-

salta Enrique Arias, de “preservar la memoria del pasado de España” como nación, descuidada por la incuria y la despreocupación extremas de instituciones y habitantes, y de “recuperarla pictóricamente para el presente”⁴⁵ tal como era concebida por los liberales moderados que elaboraron la Constitución de 1845.

En efecto, Pedro José Pidal, uno de los padres de esa norma básica, consideraba que sus ruinas daban testimonio del pasado católico español, “primer principio de la nacionalidad española”⁴⁶, y eran muestra, comentaba con el mismo ascético fervor que guardan las ruinas del convento de San Pablo dibujadas por Cecilio Pizarro, de “las vicisitudes de las grandezas humanas”⁴⁷. Postura semejante animaba a Gustavo Adolfo Bécquer, quien en su *Historia de los templos de España* proclamaba que “la tradición religiosa es el eje de diamante sobre que gira nuestro pasado”⁴⁸ y condenaría agriamente en 1862 a la civilización por la hipotética ocurrencia de tocar un solo ladrillo de la otrora metrópoli y entonces capital de segundo orden “con su mano demoleadora y prosaica”⁴⁹. Por su parte, Manuel de Assas concluía su extenso trabajo sobre la catedral aseverando que “la Iglesia toledana representa genuinamente el Catolicismo que es el alma y la vida de nuestra nación heroica, y cuyo divorcio, a ser posible, sería la muerte de ésta”⁵⁰.

Toledo era concebido por extranjeros y españoles, por tanto, como un venerable cadáver exquisito y, por los segundos, como un sepulcro intocable de gloriosos recuerdos patrios a los que honrar, pero sin posibilidad de regeneración. Sin embargo, aunque los naturales del país no pretendieran contar un viaje y, autoproclamados o reconocidos “poetas y artistas”, como Escosura y Bécquer, se sintieran libres del “peso de materiales intereses” que oprimía a la gente vulgar, en palabras del primero⁵¹, sí tomaban en cuenta la oportunidad que su patrimonio monumental ofrecía de sacar algún provecho económico. Su obra, por ello, aparece en algún caso doblada por una guía turística. Así ocurre con Manuel de Assas, quien publicaría en 1851, junto con Pedro Pablo Blanco, *El indicador toledano o guía del viajero en Toledo*⁵², para uso de quien “sólo pueda permanecer poco tiempo” en sus calles, con la declarada intención de “evitarle la pérdida de preciosos momentos” y de ilustrarle acerca de “los edificios más importantes [...] sin omitir nada digno de conmemorarse”, indicándole de paso, con buen criterio comercial, dónde y a qué precio alojarse, comer o adquirir dulces, mazapán y “copias litografiadas en

EL CONVENTO DE SAN PABLO EN TOLEDO.



Restos del Convento de San Pablo en Toledo, copias del original por B. Cecilio Pizarro.

Cecilio Pizarro. Restos del convento de San Pablo en Toledo. (Publicado en *Semanario Pintoresco Español*, 14 de junio de 1857)

gran folio a dos tintas” de las ilustraciones insertas en su propio *Álbum artístico de Toledo*, editado tres años antes⁵³.

3. TRAMPANTOJOS REIVINDICATIVOS

En cualquier caso, la preocupación por proyectar al exterior una imagen positiva de Toledo basada en su innegable riqueza monumental, tras la que ocultar la decadencia, y por reivindicar el papel de la Iglesia en su historia y conformación iba a ser seguida por destacados miembros del llamado por Jesús Cobo “grupo de Toledo”⁵⁴, formado por, entre otros, Nicolás Vicente Magán, Miguel de San Román, León Carbonero y Sol y Sixto Ramón Parro, nacidos en la capital los dos primeros, en Villatobas el tercero y en Villacañas el último. De los anteriores les diferencia la expresa intención de corregir y completar las informaciones ya suministradas, empeño posibilitado por su facilidad para acceder a los fondos archivísticos y bibliotecarios sacados a la luz en el curso de las diversas desamortizaciones. Ahora bien, los componentes del grupo, caracterizado por el innegable conservadurismo de sus figuras principales, sostenían en general el mismo criterio inmanentista y clerical de los españoles que trataron de su patrimonio arquitectónico.

El primero de ellos, Nicolás Magán, sin ser el más relevante del conjunto, se distingue por ser el único que manifiesta una relativa confianza en un futuro mejor. Para él, como para el resto del grupo, Toledo, cuya “parte religiosa [...] es su principal distintivo”, únicamente podía esperar al anticuario, al artista, al “amante de la historia y el literato”, pues “tan sólo la ha quedado el recuerdo de lo que fue”⁵⁵. Ahora bien, los no menos de cuarenta artículos que, entre 1839 y 1852, publicaría sobre la ciudad, su historia, sus monumentos y la biografía de sus hombres ilustres en el *Semanario pintoresco español*, frecuentemente en colaboración con el pintor Cecilio Pizarro, no sólo tienen un interés pintoresquista. Aunque buena parte de ellos se centra en “antigüedades” históricas, arquitectónicas y artísticas y se resienten, por lo general, de la tendencia a conceder credibilidad a leyendas recogidas por la tradición, no deja de lado personalidades apenas alejadas de su tiempo, como el Cardinal Lorenzana, o edificios de construcción relativamente reciente, como la Universidad o el hospital del Nuncio. Por otra parte, se ocupa en varias ocasiones de la fábrica de armas y se interesa por ofrecer noticia de las desaprovechadas propuestas de navegación por el Tajo. Así mismo, sería uno de los primeros en informar acerca de

Portada del nº 1 (3 de abril de 1836) del *Semanario Pintoresco Español*



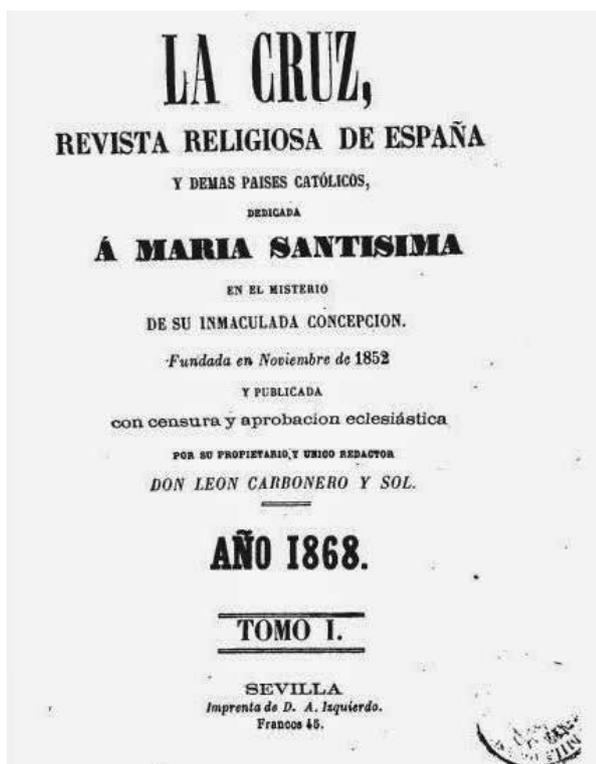
la obra del Greco. Siguiendo lo publicado en 1800 por Juan Agustín Ceán Bermúdez en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España*⁵⁶, lo sitúa entre los maestros de la pintura española, aunque no deje de repetir la idea, común en el siglo XIX, del carácter extravagante de buena parte de sus obras. Será acaso esa apertura de espíritu lo que, en definitiva, le lleve a concebir una Toledo más dormida que muerta y a creer en la posibilidad de que recobre “algún día su primitiva importancia”⁵⁷.

Muy distinta es la contribución de San Román y Carbonero, quienes publicarían de manera conjunta, en 1852, la obra *Toledo religiosa*⁵⁸. Aun siendo la primera consagrada a la “descripción de su catedral y de todos sus templos y capillas, imágenes, cuadros, alhajas, ornamentos, vasos sagrados, etc., con el catálogo de los códices más preciosos de la biblioteca arzobispal”, se encuentra en realidad alejada de toda preocupación

“toledanista” por la ciudad misma e incluso por su patrimonio artístico. Hay que entender que más bien se pretendía, al calor de la apertura de una nueva etapa de relaciones entre la Iglesia y el Estado abierta con la firma del Concordato de 1851, reivindicar el papel relevante ejercido por aquella en su capital, donde en esa época se situaba el foco central del neo-catolicismo. Tal pretensión se corresponde con la personalidad de su editor y principal autor, León Carbonero y Sol. Éste militaba entonces en las filas de la tradicionalista Comunión Católico-Monárquica y más adelante, en 1871, siendo miembro de la Asociación de Católicos, sería elegido senador por Barcelona. Al igual que Miguel de San Román, quien había ocupado la alcaldía en 1843, cerrando así el paréntesis progresista abierto por la Regencia de Espartero que marchó a Valladolid al ser suprimida la universidad, de la que era profesor, abandonaría Toledo para encargarse de la cátedra de Lengua árabe en Sevilla. Allí fundaría en 1852 la revista religiosa *La Cruz*, que dirigiría hasta su fallecimiento en 1902 y en la cual colaboraría su íntimo amigo Antolín Monescillo, canónigo de la Primada entre 1853 y 1861, ardiente defensor de la unidad católica como Diputado

por Ciudad Real en las Cortes constituyentes de 1869 y Arzobispo toledano desde 1892 hasta su fallecimiento en 1897. Es significativo, por otra parte, que el ejemplar de la obra conservado en la biblioteca de Toledo incluya, con el título *Voz del episcopado español*, las “pastorales y demás documentos religiosos y eclesiásticos” escritos contra el proyecto de Constitución progresista abortado en 1856, en rechazo a la libertad de cultos prevista en la misma y “a favor de la religión católica, apostólica, romana, con exclusión de cualquier otra”, editados al cuidado de Carbonero en 1855.

De hecho, esa segunda parte de su contribución al conocimiento del patrimonio toledano se enmarcaba en la lucha del movimiento católico por detentar la hegemonía política tanto en España como en la provincia, perdida en 1854 tras la remoción del corrupto Conde de San Luis, Luis José Sartorius, como Presidente del Consejo de ministros. Su actividad daría fruto al poco tiempo. La perentoria defenestración de Baldomero Espartero al frente del Ejecutivo forzaría a quienes habían controlado Ayuntamiento, Diputación y Congreso durante el “bienio progresista”, al tiempo que ponía fin a la etapa, a dejar paso a personalidades de signo conservador. En octubre de 1856, con la llegada al poder de un gobierno presidido por Ramón Narváez en el que Cándido Nocedal, líder del sector más reaccionario del Partido Moderado, ocupaba el Ministerio de la Gobernación, serán puestos a la cabeza de Gobierno civil y Ayuntamiento significados neo-católicos y sustituidos por individuos del mismo perfil los componentes todos de la Diputación provincial. Gobernadores serán nombrados Agustín de Torres Valderrama y, designado éste para el mismo cargo en una Barcelona agitada por el movimiento obrero, Esteban Garrido, antes redactor del semanario satírico antiliberal *El padre Cobos*, dirigido por Nocedal, y luego del periódico *El pensamiento español*, portavoz oficioso del carlismo. A su vez, Alcalde será el abogado y propietario agrícola Manuel Adoración García Ochoa, vecino de Mascaraque, uno de los mayores contribuyentes territoriales de la provincia, a quien la pequeña burguesía toledana pondría como ejemplo de los “hidalguetes de gotera o privilegio” y de los “cacicuelos” que la señoreaban en provecho propio⁵⁹. Así mismo, en marzo de 1857 serán elegidos para el Congreso 6 Diputados neo-católicos (entre los cuales García Ochoa por el distrito de Navahermosa, Manuel María Herreros, del grupo de Toledo, por el de Madri-



Portada (1868) de la revista religiosa *La Cruz*, editada por León Carbonero y Sol entre 1852 y 1902

Retrato de Sixto Ramón Parro (1812-1868)



dejos y otros dos de los miembros del nuevo consistorio provincial por los de Lillo y Torrijos) de los 8 que correspondían a la provincia.

Parro, en fin, quien había sido Diputado por Toledo en las Cortes que elaboraron la Constitución de 1845, Vicepresidente de la Diputación en 1846 y alcalde entre 1848 y 1850, ejercería un papel privilegiado en el equipo de ese gobierno provincial ultraconservador en cuanto diputado y miembro del Consejo provincial, además de vocal de la Comisión de Monumentos. El reconocimiento acordado a su figura no procede, sin embargo, de la esfera política, sino de la obra *Toledo en la mano o descripción histórico-artística de la magnífica catedral y de los demás célebres monumentos y cosas notables que encierra esta famosa ciudad*, que publicará en 1857 impulsado —dice— por su amor de siempre hacia “las infinitas bellezas y curiosidades de todo género que en sus numerosos monumentos encierra esta antigua y nobilísima población”⁶⁰. Había actuado anteriormente como asesor de los intelectuales españoles interesados por la riqueza artística de la capital junto con Magán, el tala-verano Tomás Ruiz de Agudo, racionero de la catedral, y el bibliotecario, vicepresidente de la Junta Provincial de Monumentos y último rector de la Universidad de Toledo, Manuel Fernández de Loaysa, natural de San Martín de Pusa, y en la introducción de su obra declara con modestia que “tiene únicamente a completar el catálogo de las noticias histórico-artísticas” que contienen

la de Amador de los Ríos, la guía turística de Assas y la de sus compañeros de grupo con el propósito de añadir “las que allí faltan” y corregir “algunas ligeras inexactitudes en que les hicieron incurrir alguna vez informes equivocados”⁶¹. Pero el libro que él escribe no es ni mucho menos un mero complemento de obras anteriores. A lo largo de las más de 1.500 páginas de sus dos tomos, aporta, a “vecinos y forasteros”, una información “detenida y circunstanciada” de “los monumentos que ennoblecen a Toledo y de las curiosas preciosidades que en ellos se encierran”⁶², empezando por su catedral, a la que dedica más de 700 páginas, siguiendo por otras 350 en las que trata de “los demás edificios religiosos [...], ora sean parroquias, ora conventos y ermitas”, aun los destruidos o los destinados a otros usos, y acabando con “noticias históricas y descriptivas de los edificios y monumentos civiles o profanos [...] que aún presentan vestigios de antigua y notable magnificencia”, así como de “muchas ruinas [...] esparcidas dentro y fuera de la ciudad como testigos mudos pero expresivos de su pasada grandeza”⁶³.

Ese minucioso registro de “preciosidades” va precedido de una “ligera reseña de la historia de Toledo”, por medio de la cual Parro quiere dar a conocer “sus antiguas glorias y grandeza”⁶⁴, adquiridas cuando Iglesia y trono se concertaban para elevarla en dignidad. Concluye, a su vez, el primer tomo con un apéndice de más de cien páginas dedicado a explicar ceremonias o tradiciones religiosas y a dar “noticias biográficas” de todos los arzobispos que ocuparon la “Silla Primada” hasta 1857. Uno y otro apartados le sirven así para rendir homenaje a “los esfuerzos loables que casi todos sus Prelados [...] han hecho para irla sosteniendo en la pendiente de su ruina”⁶⁵. Nada dice, sin embargo, de los casi tres siglos posteriores a la instalación de la Corte en Madrid y las pocas páginas dedicadas a lo que llama “actuales condiciones de vida”⁶⁶, aparte de que de nuevo tratan sobre todo acerca de iglesias e instituciones eclesiásticas, sólo se añaden para que el curioso visitante conozca lo que puede esperar “del terreno que pisa”⁶⁷ en la “capital civil de una provincia de segunda clase” sin perspectiva alguna de desarrollo: “un vasto museo medio de pie, medio arruinado [...] digno de que le visiten y estudien los curiosos”⁶⁸, como gráficamente mostraban fotografías tomadas en 1852 por el alemán Felix Alexander Oppenheim⁶⁹ y en 1856 por el francés Joseph Carpentier⁷⁰ en que ruinas y rodaderos circundan edificios des-

Felix Alexander Oppenheim. *Puerta de Bisagra y Santiago del Arrabal desde el barrio de la Antequeruela en 1852*



deza. En definitiva, aún no existía preocupación alguna por revitalizar una ciudad y una población que, en sí, muy poco importaban a casi nadie; se trataba de mostrar la vigencia de un pasado intocable cuyo “casi completo aniquilamiento”⁷⁴ solamente había sido evitado, según ellos, debido a la presencia y actuación de una Iglesia entonces, empero, amenazada.

Estrasburgo – Toledo, 2018

vencijados. Esa desencantada visión deja traslucir una evidente amargura ante la carencia absoluta de apoyo oficial y la escasez de iniciativas ciudadanas para sacar a la ciudad de “la ruinosa postración en que yace”⁷¹, lo que sorprende en boca de quien poco antes había regido la ciudad durante más de dos años y explica que el autor se satisfaga con mirar hacia atrás.

Sea como sea, la amplitud y rigor científico de la obra la convertirían durante bastante más de cien años en referencia indispensable para los interesados. Era el broche de oro, con independencia del valor relativo de los juicios estéticos que contiene y de la postura ideológica mantenida, para un período en que, a rastras de la modernidad ajena, Toledo había sido redescubierto, aunque para ser mostrado como cadáver exquisito en lujosos volúmenes, como los publicados por José María Quadrado y Francisco Javier Parcerisa para “dar a conocer sus monumentos y antigüedades” o sus “hacinadas ruinas”⁷². Es evidente, pues, que tanto Parro como los demás “estimables y entendidos”⁷³ miembros de su grupo perseguían un triple objetivo. En primer lugar, la descripción de cuanto constituía el patrimonio monumental de la ciudad; por otra parte, precisamente gracias a esa descripción, dar razón, en segundo término, de su secular nombradía y, por último, reivindicar la importancia de la Iglesia en la consecución de esa pretendida gran-



Francisco Javier Parcerisa. *Ruinas del claustro de San Juan de los Reyes (1853)*

NOTAS

1 DAVILLIER, Baron Charles y DORÉ, Gustave. *L'Espagne*. Paris: Librairie Hachette et Cie., 1874. Chapitre dix-neuvième, p. 516. «Si Tolède est bien déchue, elle est assez riche en souvenirs et en monuments du temps passé pour se consoler d'avoir perdu le premier rang. Il n'est pas de ville au monde qui réponde mieux à l'idée qu'on se fait d'une vieille cité du moyen âge; c'est la ville pittoresque et romantique par excellence...».

2 Existe traducción española de los libros de viajes por España escritos tanto por Gautier como por Quinet. Utilizo por mi parte las siguientes ediciones en francés de las obras a las que hago referencia: DIDIER, Charles. *Une année en Espagne*. Bruxelles: Société Typographique Belge, 1837. Tome I, pp. 203-272; GAUTIER, Théophile. *Voyage en Espagne*. Paris: Charpentier, Libraire-éditeur, 1856, pp. 136-175; QUINET, Edgar. *Mes vacances en Espagne*. Paris: Au comptoir des imprimeurs-unis, 1846, pp. 209-223.

3 DUMAS, Alexandre. *Impressions de voyage. De Paris à Cadix*. Paris: Michel Lévy frères, Libraires-éditeurs, 1861. Vol. I, p. 187. «Tolède a des souvenirs à occuper un historien pendant dix ans, et un chroniqueur toute sa vie. Et tout cela, sans compter cette majesté des grandes villes mortes ou mourantes, dans laquelle Tolède s'enveloppe avec la majesté d'une reine.»

4 LABORDE, Alexandre de. *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. Paris: Chez Firmin Didot père et fils, libraires, 1828. 3^{me} édition. Tome Quatrième, p. 248. «[Tolède] est une des villes de l'Espagne où l'on trouve le plus de ces beaux édifices qui annoncent la grandeur et la puissance des empires, et dont plusieurs peuvent aller de pair avec quelques-uns des monuments qui nous restent des Romains.»

5 ACHARD, Amédée. *La vie errante. Un tour en Espagne: l'Escorial, Tolède, Aranjuez*. Paris: E. Dentu, éditeur, 1869, p. 43. «Lors même que Tolède n'aurait pas un seul monument, [...] serait encore une ville éblouissante. À tous ses carrefours, le hasard a mis un tableau. Les peintres y manqueraient de toiles avant d'y manquer de motifs.»

6 DUMAS, Alexandre, op. cit., pp. 187-188. «Nous visitâmes Tolède [...] usant toutes les formes d'admiration, et arrivant, à force d'admiration, à n'avoir plus la force d'admirer. Si vous voyagez jamais en Espagne, [...] si vous visitez Madrid, frêtez une voiture, créez une diligence, attendez une caravane s'il le faut, mais allez à Tolède, madame, allez à Tolède.»

7 Imagen de esa miseria, que obviamente afectaba sobre todo a las clases populares, queda tristemente reflejada en el grabado de Gustave Doré titulado *Vagabonds sur le pont d'Alcantara, à Tolède*, reproducido en la obra de Charles Davillier arriba citada, p. 515.

8 FORD, Richard. *A Handbook for travellers in Spain. Part II: Extremadura, Leon, Galicia, the Asturias, the Castiles (old and new), the Basque Provinces, Arragon and Navarre. A Summer Tour*. London: John Murray, 1855 (Third edition), p. 776. "Here are palaces without nobles, churches without congregations, walks without people". Esa dura y escueta descripción del abandono en que se encontraba la ciudad cuando fue visitada por el viajero inglés no figura en la primera edición de su muy conocida obra sobre España. Las distintas ediciones contienen importantes variaciones de contenido, como explica Ian Robertson en su introducción a la edición española de la obra completa (ROBERTSON, Ian: Breve historia del *Manual para viajeros por España* de Richard Ford. En FORD, Richard: *Manual para viajeros por España y lectores en*

casa. Observaciones generales. Madrid: Turner, 2008, pp. III-XII). La traducción española está basada íntegramente en la primera, fuertemente revisada por el mismo autor en las dos siguientes.

9 FORD, Richard, op. cit., pág. 775: "Let no cottonocrat, no mere man of money or pleasure, visit this gloomy, silent, and inert city, this ghost of a departed capital, which is without trade, industry, credit, or manufactures; but to the painter, poet, and antiquarian, this widowed capital of two dynasties is truly interesting, as it carries us away from the present". Ford se expresa con idénticas palabras en la primera edición de su obra (London: John Murray, 1845. Part II, Section XI, p. 832).

10 CUENDIAS, Manuel de et FÉRÉAL, V. de. *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentales. Mœurs, usages et costumes*. Paris: Librairie ethnographique, 1848, p. 304: «Tolède, nous vous l'avons déjà dit, n'est plus que l'ombre d'un sublime et grandiose passé, une grande gloire effacée, une cité morte, où tout ce qui vit et se meut, se meut et vit para l'effet d'un galvanisme moral. [...] Elle est encore la plus riche cité de l'Europe, mais seulement en beaux souvenirs.»

11 BUSSY, Pierre Genty de. Campagne et souvenirs d'Espagne en 1823. Publiés par A. Lebrun. *Revue hispanique*, décembre 1914, tome XXXII, n° 82, p. 550. «Le luxe en Espagne, on doit le dire, s'est tout entier réfugié dans les églises.»

12 DIDIER, Charles, op. cit., p. 234. «Tolède tout entière s'est absorbée dans sa cathédrale; elle a abdicqué, pour ainsi dire, aux mains de ses prêtres: le premier résultat de cette démission volontaire a été une chute effroyable dans la population; il semble que les sources de la vie se soient tout d'un coup tarées dans les flancs de la cité déchue [...]. Tolède est un grand cloître dont la cathédrale est l'église.»

13 MELLADO, Francisco de Paula. *Recuerdos de un viage [sic] por España. Primera y segunda parte*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Mellado, 1849. Introducción, p. 3.

14 PIDAL, Pedro José. Recuerdos de un viaje a Toledo. *Revista de Madrid*. Tercera serie, tomo II, 1841, p. 420. Pidal hace referencia muy en particular a lo escrito en 1837 por Charles Didier, cuyos juicios negativos sobre la influencia del clero en la decadencia de la ciudad traduce como ejemplo de ideas para él absurdas, tan sólo explicables por "la superficialidad y ligereza" y por el "furor de morder al clero y a los españoles" que caracterizan al "pedantuelo" autor de "tanto dislate" (Ibíd., pp. 420-421).

15 Ibíd., p. 416.

16 Ibíd., p. 419.

17 Ibíd., p. 421.

18 Ibíd., p. 411.

19 Ibíd., p. 419.

20 MELLADO, Francisco de Paula. *Recuerdos de un viage [sic] por España. Tomo segundo: Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía, Extremadura [sic], Castilla la Nueva*. Segunda edición. Madrid: Imprenta del establecimiento de Mellado, 1863. Capítulo XL, p. 413.

21 PÉREZ DE VILLA-AMIL, Genaro; ESCOSURA, Patricio de la. *España artística y monumental. Vistas y descripción de los sitios y monumentos más notables de España*. Tomo segundo. Paris: Casa de Alberto Hauser, 1844, p. 28.

22 ASSAS, Manuel de. *Álbum artístico de Toledo*. Madrid: Doroteo Bachiller, 1848. Introducción.

23 LOZANO, Miguel Ángel. Un topos simbolista: la ciudad muerta.

- En *Imágenes del pesimismo: literatura y arte en España 1898-1930*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2000, p.12.
- 24 GARCÍA MARTÍNEZ, Carmen. La imagen en el turismo urbano: revisitando el Toledo romántico. *Cuadernos de turismo*, nº 27, 2011, pp. 451-452.
- 25 [CABRERIZO Y BASCUAS, Mariano de]. *Itinerario descriptivo de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo. Traducción libre del que publicó en francés Mr. Alexandre Laborde en 1809*. Valencia: Imprenta de Ildefonso Mompié, 1816. El traductor de la obra fue en realidad el dominico liberal Jaime Villanueva Astengo, quien, por encargo de Cabrerizo, revisó en profundidad lo escrito por Laborde años antes de la invasión napoleónica para adaptarlo al lector español y a las nuevas circunstancias históricas.
- 26 PÉREZ DE VILLA-AMIL, Genaro y ESCOSURA, Patricio de la. *España artística y monumental. Vistas y descripción de los sitios y monumentos más notables de España*. Tomo primero. París: Casa de Alberto Hauser, 1842, p. 10.
- 27 AMADOR DE LOS RÍOS, José. *Toledo pintoresca o descripción de sus más célebres monumentos*. Madrid: Imprenta y librería de Ignacio Boix, 1845. Prólogo, p. V.
- 28 AMADOR DE LOS RÍOS, José. El estilo mudéjar en arquitectura. *Discursos leídos en las recepciones y actos públicos celebrados por la Real Academia de las tres Nobles Artes de San Fernando desde 19 de junio de 1859*. Tomo I. Madrid: Imprenta de Manuel Tello, 1872, p. 3.
- 29 QUADRADO, José María y PARCERISA, Francisco Javier. *Recuerdos y bellezas de España. Castilla la Nueva*. Tomo I. Segunda parte, Capítulo I. Toledo. Madrid: Imprenta de José Repullés, 1853, p. 273.
- 30 La visión romántica de Toledo ha sido magistralmente estudiada por José Pedro Muñoz Herrera en su obra *Imágenes de la melancolía: Toledo (1772-1858)*. Toledo: Ayuntamiento, 1993.
- 31 “Exposición [sic] de 1836”. *Semanario pintoresco español*, nº 28. 3º trimestre, 9 de octubre de 1836, p. 226.
- 32 “Exposición del Liceo (Segundo artículo)”. *Semanario pintoresco español*, nº 100. Tomo III – 8º trimestre, 25 de febrero de 1838, p. 478.
- 33 Para la presencia de temática toledana en la obra del pintor gallego, vid.: ARIAS ANGLÉS, Enrique. La Vista general de Toledo desde la Cruz de los Canónigos en la obra de Pérez Villamil. *Boletín del Museo de Bellas Artes de Bilbao*, nº 3, 2008, pp. 161-199. Edición electrónica: https://www.museobilbao.com/uploads/salas_lecturas/archivo_es-25.pdf
- 34 PÉREZ DE VILLA-AMIL, Genaro y ESCOSURA, Patricio de la. Op. cit., tomo primero, p. 52.
- 35 *Ibid.*, tomo primero, p. 13.
- 36 *Ibid.*, tomo primero, p. 10.
- 37 AMADOR DE LOS RÍOS, José. *Toledo pintoresca o descripción de sus más célebres monumentos*. Madrid: Imprenta y librería de Ignacio Boix, 1845, p. 1.
- 38 *Ibid.*, prólogo, p. VII.
- 39 *Ibid.*, prólogo, p. V.
- 40 AMADOR DE LOS RÍOS, José. El estilo mudéjar en arquitectura. *Discursos leídos en las recepciones y actos públicos celebrados por la Real Academia de las tres Nobles Artes de San Fernando desde 19 de junio de 1859*. Tomo I. Madrid: Imprenta de Manuel Tello, 1872, pp. 3-4 et passim.
- 41 PÉREZ DE VILLA-AMIL y Genaro; ESCOSURA, Patricio de la. Op. cit., tomo primero, pág. 2. El grabado era reproducción de un cuadro al óleo presentado por Villamil en la exposición de la Academia de San Fernando de 1838 con el título de “Fragmento interesante de fortificación árabe”, del que hizo mención elogiosa la crítica del momento (“Academia de Nobles Artes. Exposición de 1838”. *Semanario pintoresco español*, nº 135. Tomo III – 11º trimestre, 28 de octubre de 1838, p. 754).
- 42 QUADRADO, José María. Op. cit., tomo I. Segunda parte, Capítulo I, p. 273.
- 43 MAGÁN, Nicolás Vicente. Ciudades españolas: Toledo. *Semanario pintoresco español*, nº 37. Segunda serie, Tomo III 3º trimestre, 12 de septiembre de 1841, p. 289.
- 44 ANTIGÜEDAD DEL CASTILLO-OLIVARES, Mª Dolores. El museo de la Trinidad, germen del museo público en España. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie VII, Hª del Arte, t. 11, 1998, pp. 371 et passim. El artículo da cuenta de buena parte de las pinturas trasladadas a Madrid por Juan Gálvez. Para lo acontecido en Toledo, vid.: GARCÍA MARTÍN, Francisco. *La Comisión de Monumentos de Toledo (1836-1875)*. Toledo: Ledoria, 2008, pp. 60-63.
- 45 ARIAS ANGLÉS, Enrique. Op. cit., edición electrónica: p. 11.
- 46 PIDAL, Pedro José. Op. cit., p. 420.
- 47 *Ibid.*, p. 412.
- 48 BÉCQUER, Gustavo Adolfo. *Historia de los templos de España*. Tomo primero. Madrid: Imprenta y estereotipia española de los señores Nieto y compañía, 1857. Introducción.
- 49 BÉCQUER, Gustavo Adolfo. Tres fechas. *El Contemporáneo* – Domingo, 20 de julio de 1862, p. 4.
- 50 ASSAS, Manuel de. *La catedral de Toledo*. En: BÉCQUER, Gustavo Adolfo. *Historia de los templos de España*. Tomo primero. Madrid: Imprenta y estereotipia española de los señores Nieto y compañía, 1857, p. 170. A decir verdad, la concepción tradicionalista de las catedrales como “alma de la auténtica historia patria” hacía fortuna también en otras naciones europeas en esa época. Vid.: GARCÍA ALCÁZAR, Silvia. La huella romántica en la restauración monumental decimonónica en España. *Anales de Historia del Arte*. Vol. extraordinario, noviembre 2011, p. 202.
- 51 PÉREZ DE VILLA-AMIL, Genaro; ESCOSURA, Patricio de la. Op. cit., tomo segundo, p. 28.
- 52 BLANCO, Pedro Pablo y ASSAS, Manuel de. *El indicador Toledano o guía del viajero en Toledo*. Madrid: Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-mudos, 1851.
- 53 *Ibid.*, pp. 3-4.
- 54 COBO, Jesús. Sobre una carta de Parro. *Archivo secreto: revista cultural de Toledo*, nº 1, 2002, pp. 176 et passim.
- 55 MAGÁN, Nicolás Vicente. Op. cit., pp. 289-290.
- 56 CEÁN BERMÚDEZ, Juan Agustín. *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*. Madrid: Real Academia de San Fernando / Imprenta de la viuda de Ibarra, 1800, tomo V, pp. 3-13.
- 57 Todos los artículos publicados por Nicolás Magán en el *Semanario Pintoresco* han sido reeditados al cuidado de José Pedro Muñoz Herrera y gracias a la iniciativa del Archivo Municipal de Toledo. MUÑOZ HERRERA, José Pedro. *Toledo en el Semanario Pintoresco español, 1836-1857*. Toledo: Consorcio / Ayuntamiento, 2008.
- 58 SAN ROMÁN, Miguel de y CARBONERO Y SOL, León. *Toledo religiosa*. Sevilla: Imprenta y taller de encuadernaciones de Juan Moyano, 1852.
- 59 *Refutación de las falsas aseveraciones del Senador Señor García Ochoa por los individuos de la comisión auxiliar de extinción de langosta de la provincia*

de Toledo. Madrid: Imprenta a cargo de Gregorio Juste, 1876, p. 5.

60 PARRO, Sisto Ramón. *Toledo en la mano o descripción histórico-artística de la magnífica Catedral y de los demás célebres monumentos y cosas notables que encierra esta famosa ciudad [...]*. Toledo: Imprenta y librería de Severiano López Fando, 1857, tomo I, p. III.

61 *Ibíd.*, tomo I, pp. VI-VII.

62 *Ibíd.*, tomo I, p. IV.

63 *Ibíd.*, tomo I, pp. V-VI.

64 *Ibíd.*, tomo I, p. 27.

65 *Ibíd.*, tomo I, p. 26.

66 *Ibíd.*, tomo I, p. 27.

67 *Ibíd.*, tomo I, p. 33.

68 *Ibíd.*, tomo I, p. 27-28.

69 Fotografías reproducidas en SÁNCHEZ BUTRAGUEÑO, Eduardo. *Toledo olvidado 3*. Toledo: dbcomunicación, 2015, pp. 15-20.

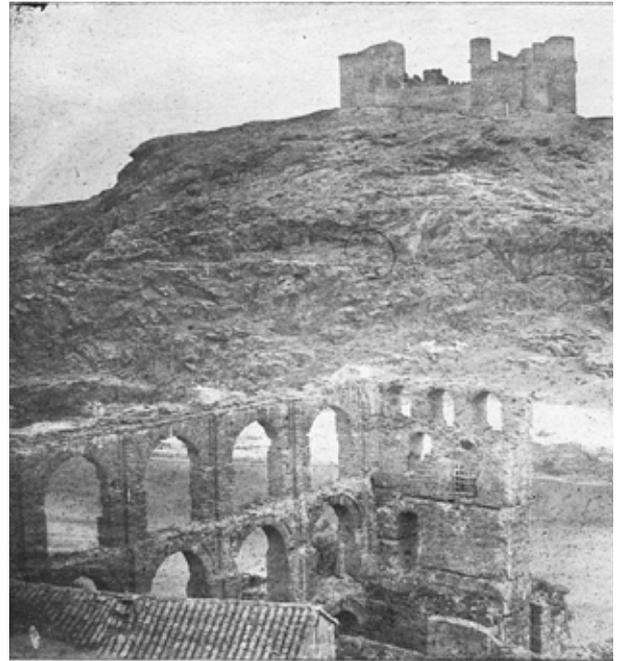
70 Fotografías reproducidas en SÁNCHEZ BUTRAGUEÑO, Eduardo. *Toledo olvidado*. Toledo: dbcomunicación, 2012, pp. 26-27.

71 PARRO, Sixto Ramón. *Op. cit.*, tomo I, p. 24.

72 QUADRADO, José María y PARCERISA, Francisco Javier. *Op. cit.*, Volumen II, Capítulo I-4, p. 427. El grabado *Ruinas del claustro de San Juan de los Reyes* cierra la parte dedicada a Toledo del tomo *Castilla la Nueva*.

73 PARRO, Sixto Ramón. *Op. cit.*, tomo I, p. VI.

74 *Ibíd.*, tomo I, p. 27.



Masson. *Artificio de Juanelo y Castillo de San Servando* (1857)



Genaro Pérez de Villa-Amil. *La Puerta del Sol como Fragmento interesante de construcción árabe* (1838)



Masson. *Patio del Alcázar en ruinas* (1858)